

sas y centelleantes páginas del cielo, puede ser disculpable. Pero hoy debemos deplorar que tales errores se alimenten, y procurar desarraigarlos. Hoy nadie debe ignorar que nuestra personalidad humana, con nuestra cacareada ciencia, con nuestra presumida grandeza, no tienen importancia alguna en el concierto universal; somos no más que seres microscópicos que nos arrastramos sobre la corteza de este planeta que nos da albergue: nuestra vida y la de nuestro planeta es solo el sueño de un instante en el eterno reloj del tiempo; desaparecerá la vida de nuestro mundo, la tierra hundiéndose en las tinieblas de una noche eterna, sembrará un silencioso y helado sepulcro viajando sin cesar por el espacio, nuestro sol extinguido no podrá mantener la vida a su alrededor; los mundos de nuestra nebulosa podrán saltar en pedazos arrojando de sí a su humanidad, pero ¿qué habrá sucedido? Nada; que en el espacio infinito habrá un mundo menos, varios sistemas solares menos, una nebulosa menos, pero estos trastornos pequesísimos con relacion al Universo, no alterarían en nada la armonía de la creación.

Es, pues, nula nuestra importancia en la Naturaleza: es un absurdo creer que el Sér infinito se ocupe preferente del hombre terrícola, y que se sirva de los cuerpos celestes, para avisarnos el castigo; es el colmo de los absurdos suponer al sér que mantiene el Universo, con una naturaleza semejante á la nuestra; con ira y venganza, con egoísmo y odio lo mismo que cualquiera humana criatura, y que como esta se complace en castigar á estas en premiar aquellas, cuando no envía rayos, terremotos, cometas, etc., para castigarnos ó para anunciarnos el castigo.

Desechemos de una vez para siempre estos absurdos. Formémosnos una idea exacta del papel que representamos en la Creación: no tengamos la presunción de creer que somos la obra principal de la naturaleza, el objeto preferente de la voluntad divina. Admiremos los mundos que corren volteantes por el arcano insondable del espacio; globos fluctuantes juguetes de tantos movimientos, á la vez contemplemos los grandiosos fenómenos que se ofrecen á nuestra vista, pero no tengamos la soberbia de creer que esos astros, esos fenómenos, sirven de mensajeros á Dios para hacernos conocer sus designios, si no sirven para formarnos una idea aproximada del Creador que tan admirablemente rige su obra.

DOLORES NAVAS.

Córdoba y Enero 86.

LA CARIDAD.

Como la blanca luz de la esperanza que penetra hasta el alma dolorida, alienta el corazón en su infortunio la Caridad santísima.

Vedla avanzar con incansable anhelo á mitigar la pena y la agonía y arrebatar á la terrible muerte innumerables víctimas.

Micadla en la morada del que sufre, donde el dolor con el dolor se anida, y el hambre con su faz torva y siniestra angustia y aniquila.

Seguidla y la vereis secar las lágrimas de la viuda infeliz y desvalida; del enfermo que, falto de recursos, sin fuerzas sucumbía.

La vereis en su afán multiplicarse, infundiendo valor, dar compasiva cuanto reclamen los supremos trances de tan funestos días.

Ella es el pan del huérfano que llora, ella el apoyo de la pobre niña, y del enfermo atribulado y triste la suave medicina.

Ella es la esencia de las almas buenas, irradiación de la piedad purísima; destello de ese Dios que en todos tonos fraternidad predica.

Ella sola y su amor, serán bastantes para vencer la enfermedad temida, logrando con su esfuerzo inacabable domar la muerte misma.